



N° 47 · 2022 · ISSN e 1853–6379  
 DOI 10.14409/argos.2022.47.e0040  
 (AADEC) Asociación Argentina de Estudios Clásicos  
 Facultad de Humanidades y Ciencias / Universidad Nacional del Litoral

## El anhelo del todo: modelos de monarquía universal helenística<sup>1</sup>

Ezequiel Martín Parra

Universidad Nacional de Córdoba  
 eze.marp@gmail.com

.....  
 Recibido: 12-07-21  
 Aceptado: 08-10-21  
 .....

Las pretensiones de dominio universal manifestadas por los monarcas helenísticos han sido revaluadas en los últimos años y, lejos de ser simples enunciados propagandísticos, se presentan como una característica fundamental y necesaria de la realeza helenística. Se exploran aquí algunos de los paradigmas de monarquía que contribuyeron a la conformación de la idea del universalismo real, centrándonos, por un lado, en la influencia de los modelos proximorientales, y por el otro, en la recepción de la figura de Alejandro Magno. Se propone que es a partir de estos modelos que este “anhelo del todo” adquirió su contenido y su modulación.

[Universalismo / Monarquía / Helenismo](#)

...

### **The longing for everything: hellenistic models of universal kingship**

The pretension of a universal dominion expressed by several Hellenistic kings has recently been reconsidered; currently, it is regarded not as mere propaganda, but as a central and pressing trait of Hellenistic kingship. This work explores some models of monarchy that contributed to fashion the idea of universal kingship by analyzing both the influence of Near Eastern archetypes and the reception of Alexander the Great's image. I propose that it was through these models that this “the longing for everything” was defined and shaped.

[Universalism / Kingship / Hellenism](#)



En el 217 a.C., no mucho después de vencer en Tebas, Filipo V de Macedonia se dispuso a observar los juegos Nemeos en Argos. Polibio cuenta que en ese momento un mensajero llegó con una carta que informaba al rey sobre la derrota romana ante Aníbal en Trasimeno. Filipo compartió la noticia solo con su consejero, Demetrio de Faros, quien procedió a darle su opinión: dado que los asuntos en Grecia estaban cerca de resolverse, la debilidad romana ofrecía una oportunidad única para lanzar una invasión a Italia que no sería sino el principio de la conquista del todo, τῆς ὑπὲρ τῶν ὅλων ἐπιβολῆς, algo que solo le correspondía a él (Plb. 5.101.10). El historiador comenta que esto exaltó a Filipo, un hombre joven y ambicioso, y añade que este, además, había surgido de una casa real tal que, de algún modo, siempre se había arrojado al anhelo del todo, πρὸς δὲ τούτοις ἐξ οἰκίας ὀρμώμενον τοιαύτης, ἢ μάλιστα πως ἀεὶ τῆς τῶν ὅλων ἐλπίδος ἐφίεται (Plb. 5.102.1).

La crítica moderna ha considerado que este pasaje y, sobre todo, ese “anhelo del todo”, ἢ τῶν ὅλων ἐλπίς, formarían parte de una estrategia discursiva empleada por el historiador para señalar el cambio de carácter y de estilo de gobierno del rey. En efecto, Polibio muestra la transformación de Filipo de un joven monarca exitoso en la batalla y veloz en su pensamiento en un tirano que, justamente por su juventud, se rodea de malos consejeros<sup>2</sup>. Sin embargo, más allá de la historicidad del episodio en cuestión y su función estructurante en el relato, se ha insistido en que las intenciones de Filipo podrían ser auténticas, reflejo de una política real expansionista que iba a la par de un programa ideado por el rey mismo para transformar la imagen de su monarquía<sup>3</sup>. Así, WALBANK señaló que cuando Polibio adscribe este afán por el dominio imperial a la casa de Filipo V no se refería solo a los antigónidas, sino que habría tenido en mente una imagen ampliada de esta, de modo que entre los antecedentes incluía también a los grandes personajes de la dinastía argéada como Filipo II y Alejandro Magno<sup>4</sup>. Si en efecto Filipo V tenía a estos grandes conquistadores como sus paradigmas, lo que Polibio de hecho sugiere en otro pasaje (Plb. 5.10.10), se podría tomar su “anhelo del todo” como una aspiración real, por más que sus posibilidades efectivas de conseguirla sean cuestionables.

Este debate historiográfico es un ejemplo de cómo se ha abordado la cuestión de las pretensiones de dominio universal de los reyes del periodo helenístico: no es un problema al que se le haya dedicado demasiada atención hasta años recientes, pero cuando se lo ha tratado, se ha tendido a limitar la discusión en torno a la dicotomía entre una ambición de conquista desmedida (y a menudo necia) por parte de algunos monarcas, y un comportamiento más sensato y oportunista asumido por otros<sup>5</sup>. Es decir, la problemática se reduce a una cuestión de análisis de las posibilidades objetivas de expansión territorial, de modo que, cuando estas no se comprueban, todo discurso universalista se considera poco realista<sup>6</sup> o bien como un enunciado propagandístico sin mayor valor en un mundo helenístico donde el equilibrio político radicaba justamente en algo así como un pacto tácito entre gobernantes para limitar las ambiciones expansionistas<sup>7</sup>. Se oscila, en resumen, entre insensatez y afirmaciones artificiosas.

Aunque prevaeciente, la idea de un balance de poder político ha sido cuestionada desde hace tiempo. AUSTIN señaló en su clásico trabajo sobre el carácter de la realeza helenística que incluso cuando los estados asumieron una frontera más

definida (pasados los vaivenes de las guerras de los diádocos tras la muerte de Alejandro), el anhelo expansionista siguió siendo un aspecto clave en la legitimación de los reyes, pero también en el manejo efectivo de las economías de sus imperios<sup>8</sup>. Más recientemente, se ha revisitado el aspecto universalista de esta ideología, para considerarlo no ya como un discurso vano o anómalo, sino como un componente característico del imperialismo helenístico. Así, las aspiraciones de dominio universal se presentan como una faceta clave en la ideología real, expresándose en la idea de que la existencia de un gobernante mundial en el centro de la civilización era una condición esencial para la paz, el orden y la prosperidad<sup>9</sup>. Y esto adquiriría una importancia mayor en el marco de un sistema de estados en continua competencia, donde el presentarse como el señor indiscutible de todos los rivales era parte fundamental de la legitimación monárquica, aun cuando esa representación fuera ficticia y poco o nada posible<sup>10</sup>.

Este trabajo pretende lograr un acercamiento a esta aspiración de dominio universal de los reyes helenísticos proponiendo que se trata de un aspecto multifacético y heterogéneo de la ideología real, en el que diversas modalidades de expresión fueron posibles. Para ello se intentará rastrear algunos de los posibles orígenes de la tradición de universalismo y los antecedentes específicos que tomaban como referencia los monarcas para la construcción de su imagen como señores del mundo. Así, se considerará primero la tradición proximoriental de “Rey de Reyes” y “Rey del Universo” de los imperios proximorientales y examinaremos hasta qué punto sus influencias se dejaron sentir en el pensamiento político helenístico. Luego, exploraremos el uso de la imagen de Alejandro Magno por parte de sus sucesores como modo de legitimación de sus propias conquistas.

### ***1. ¿Inspiración oriental?***

Cualquier indagación sobre el origen de la idea de aspiración de dominio del mundo debe remontarse necesariamente a la Mesopotamia, donde ya en el III milenio a.C. los reyes de la dinastía fundada por Sargón de Agade crearon con sus iteradas campañas militares una nueva visión del mundo, con la ciudad de Agade en el centro y un dominio indiscutido en todas las direcciones<sup>11</sup>. Estos reyes utilizaron títulos que reflejaban sus aspiraciones expansionistas, como “Rey de Kish”, que implicaba una hegemonía sobre toda la Mesopotamia, y que desde entonces adquiriría el significado de “Rey del Universo” o “Rey de la Totalidad”, nociones que serían glosadas con otros epítetos tales como “Rey de los Cuatro Cuartos”<sup>12</sup>.

Pero lo cierto es que estas proclamas universalistas, como las que siguieron en la región durante los próximos siglos, no coincidían con la política real. Para ello habría que esperar hasta los grandes imperios del I milenio a.C. —asirio, babilonio y aqueménida—, cuando las acciones de los reyes apuntaron verdaderamente a obtener tanta tierra como fuera posible, un objetivo para el que contaban con una maquinaria militar y administrativa efectiva<sup>13</sup>. Este cambio implicó que la noción de “Rey del Todo” pasara a primer plano en las formulaciones discursivas de los monarcas.

El caso asirio es especialmente ilustrativo en este respecto: en Asiria los dioses otorgan a los reyes el poder universal y la idea de “extender el país” se vuelve prác-

ticamente un mandato divino<sup>14</sup>. La obra de conquista se ve como un proceso de ordenamiento del universo que emerge de la voluntad celestial y debe ser llevado a cabo por un monarca combatiente de las fuerzas del caos y procurador del orden<sup>15</sup>. Aunque podría parecer paradójico, ese mundo al que se intenta dominar en su totalidad tiene unos límites muy precisos, vinculados a un mapa mental dado. Tras ciertos puntos específicos, por ejemplo, Egipto por el sur, nos encontramos un espacio que escapa de las aspiraciones de conquista directa de los reyes, aunque no de intereses económicos o políticos. Discursivamente, estos confines del mundo son presentados como tierra inculta, atrasada y “vacía”, constituyéndose de este modo en verdaderas fronteras<sup>16</sup>. Este discurso que asigna límites puntuales al “universo” se verá replicado en el periodo helenístico, como veremos.

Los modelos de realeza posteriores, el babilónico y el aqueménida, no hacen hincapié en el expansionismo y las ansias de dominio del mundo de forma tan contundente, pero sin dudas son continuadores de la ideología del universalismo monárquico. Babilonia compartía el gran repertorio de títulos reales de esta larga tradición, y aunque el papel del rey como garante del orden cósmico queda soslayado detrás de la gran figura del dios tutelar Marduk<sup>17</sup>, el vínculo entre monarca y divinidad es estrecho, de modo que no habría que despreciar el papel del primero como mediador entre el mundo celestial y el humano<sup>18</sup>. En cuanto a los aqueménidas, también ellos adoptaron muchos de los títulos mesopotámicos, en especial “Gran Rey” y “Rey de Reyes”, pero ahora los fundamentos de legitimidad estaban vinculados específicamente a la línea dinástica de Aquémenes que contaba con el favor de Ahura Mazda<sup>19</sup>.

Con tales antecedentes, la persistencia de una ideología universalista en el periodo helenístico no debería sorprender. Sin embargo, debemos ser cautos y no asumir una simple continuidad entre las tradiciones mesopotámicas y persas y las formulaciones de realeza universal tal como nos la encontramos entre Alejandro Magno y sus sucesores.

Comenzando por Alejandro, algunos indicios son positivos respecto a la mencionada continuidad, especialmente en Babilonia. Dos de los registros cuneiformes conocidos como Diarios Astronómicos llaman respectivamente a Alejandro “Rey del Mundo” (330 A) y “Rey de Todos los Países” (329 B). Los babilonios ciertamente habían lidiado con reyes extranjeros en el pasado (asirios y persas), y no tuvieron demasiados resquemores en asumir a alguien foráneo como el rey de su ciudad y del mundo, lo que se refleja en la activa participación de Alejandro en rituales nativos, como la reconstrucción de templos<sup>20</sup>. Pero esto no puede ser tomado como influencia en el pensamiento del rey así como así, ya que no queda claro si Alejandro fue consciente de este tratamiento que las elites babilonias le otorgaron o si, por el contrario, la titulación refleja una decisión unilateral local.

Respecto al paradigma monárquico persa, la evidencia es más numerosa, pero también más problemática. Tradicionalmente se ha visto que Alejandro se apropió de una serie de símbolos y emprendió un conjunto de acciones que remitirían a un modelo de realeza netamente basado en el paradigma aqueménida: sería el caso de la diadema, la práctica de la *προσκύνησις* y la apertura de cargos gubernamentales a la elite persa, entre otros ejemplos. Más recientemente esta opinión se ha puesto

en tela de juicio porque el comportamiento efectivo de Alejandro Magno fue muchas veces en contra de la ideología real persa y es indicio de una importante incomprensión de esta por parte del conquistador macedónico<sup>21</sup>. Es el caso de la destrucción de Persépolis. También se ha dicho que mientras que algunos símbolos adoptados no eran propiamente persas (como la diadema, pues los aqueménidas usaban tiaras), otros elementos básicos que sí lo eran (como la entronización) brillan por su ausencia en las fuentes<sup>22</sup>. De este modo, algunos consideran que Alejandro no habría fallado en seguir el modelo de sus predecesores en el trono, sino que perseguía conscientemente diferenciarse, crear un tipo de monarquía nueva que representara una ruptura<sup>23</sup>.

El componente universalista de la ideología persa también fue discutido desde estas perspectivas. Es muy notoria la ausencia de todo uso por parte de Alejandro de los emblemáticos títulos de “Gran Rey” y “Rey de Reyes”. En cambio, introdujo el apelativo de “Rey de Asia”; en línea con lo dicho, para algunos esta no es más que la traducción al griego de las designaciones persas y, por tanto, parte de un intento por presentarse como el auténtico sucesor de Darío III<sup>24</sup>. Ahora bien, si seguimos a Arriano, Alejandro pretendía con esto ufanarse de un dominio aún más extenso que el de los aqueménidas, que, como no habían gobernado ni una fracción de Asia, se llamaban sin justicia “grandes reyes”, τὸς γὰρ τοὶ Περσῶν καὶ Μήδων βασιλέας οὐδὲ τοῦ πολλοστοῦ μέρους τῆς Ἀσίας ἐπάρχοντας οὐ σὺν δίκη καλεῖν σφᾶς μεγάλους βασιλέας (Arr., *An.* 7.1.3). Este testimonio, por cierto apoyado por otros biógrafos (Curt. 4.1-14; Plu., *Alex.* 34.1), junto al hecho de que el concepto mismo de “Asia” es netamente heleno<sup>25</sup>, han puesto en duda la idea de que el título en cuestión representara una continuidad de régimen. Pero si algo no se puede negar es que “Rey de Asia” se hace eco del universalismo de las monarquías orientales. Quizás no se estaba mostrando como continuador del Imperio persa, como el “último aqueménida”, pero sí mandaba un mensaje claro que da cuenta de que el rey se estaba pensando a sí mismo en relación con la herencia aqueménida: era el sucesor de Darío en tanto gobernante del mundo, e incluso pensaba superarlo en este aspecto<sup>26</sup>. No solo tenía ya toda Asia bajo su poder, sino que habría planeado invadir Arabia y África, y no parece que Europa fuese a escapar de él, de modo que sus intenciones abarcaban, si tenemos en cuenta el mapa mental griego de lo que era la οἰκουμένη, todo el mundo<sup>27</sup>.

Hasta aquí se ha argüido que la influencia de los modelos universalistas de realeza proximorientales sobre Alejandro Magno es muy posible, aunque en su formulación se haya presentado como una ruptura y superación de esos paradigmas. Ahora bien, ¿es posible detectar esta influencia entre las dinastías que reinaron sobre los despojos de su imperio? Como se verá más adelante, el aspecto universalista de las monarquías de los sucesores debe mucho a la figura de Alejandro, que se impuso un estándar de realeza tras su muerte, y no puede ser descartada como, por lo menos, un intermediario en la recepción de los paradigmas mesopotámicos y persa por parte de los diádocos y sus descendientes. Pero la pregunta que interesa aquí, en primer lugar, es si estos paradigmas fueron apropiados de una forma más directa. Para ofrecer una aproximación inicial, este trabajo se centrará en el caso seléucida, por haber sido el estado que ejerció un control directo sobre la mayor parte de los territorios de los imperios orientales anteriores.

Si se considera primero la relación entre seléucidas y aqueménidas, de nuevo surgen posturas que enfatizan la continuidad frente a otras que resaltan las rupturas de un régimen a otro. No es este el lugar para considerar este clivaje de manera detenida. Baste señalar que mientras que parece innegable la persistencia de estructuras imperiales socioeconómicas heredadas de los aqueménidas<sup>28</sup>, no se puede ignorar que hubo innovaciones importantes en las mismas, sobre todo en la administración territorial y en la formulación dinástica de la realeza<sup>29</sup>, lo cual nos compete especialmente. De este modo, se puede considerar que las expresiones de universalismo, tal como vimos para el caso de Alejandro, constituyen una elaboración propia seléucida sobre la noción de Gran Rey mesopotámica y aqueménida<sup>30</sup>. Un buen caso de estudio para analizar estas cuestiones lo ofrece Antíoco III, el “Grande”.

Tras una llegada al trono no exenta de problemas y marcada por la catastrófica derrota contra los ptolomeos en Rafia (217 a.C.), Antíoco iniciaría la consolidación de su reinado a través de una serie de campañas contra regiones emancipadas del Imperio seléucida, entre las que se enmarca su famosa anábasis hacia el Asia Central iniciada en el 210-209 a.C. Años de luchas se probarían de provecho cuando, de vuelta en el Mediterráneo, se presentó ya como uno de los actores políticos más importantes del momento. Parece ser ese el momento en el que asume el título de “gran Rey”, como comenta Apiano (*App. Syr.* 3.15):

οἷα δ' Ἀντιόχου τῆς τε Ἀσίας τῆς ἄνω πολλῶν καὶ μεγάλων ἔθνων καὶ τῆς ἐπὶ θαλάσση, χωρὶς ὀλίγων, ὅλης ἐπικρατοῦντος, ἕς τε τὴν Εὐρώπην διαβεβηκότος ἤδη, καὶ δόξαν ἐπίφοβον καὶ παρασκευὴν ἱκανὴν ἔχοντος, πολλά τε ἄλλα καθ' ἐτέρων ἐξειργασμένου λαμπρᾶ, δι' ἃ καὶ μέγας ἦν ἐπώνυμον αὐτῶ...

Siendo señor Antíoco de tantas tierras de Asia superior y de todo lo cercano al mar, excepto un poco, y habiendo invadido ya Europa, y teniendo tan formidable fama y tan completa preparación, y habiendo logrado muchas otras e ilustres cosas contra otros pueblos, a partir de las cuales ganó el título de ‘Grande’...

Polibio ofrece evidencia adicional de esta novedosa apelación (Plb. 4.2.7) como así también de la fama adquirida por Antíoco luego de sus campañas en el corazón de Asia (Plb. 9.39.14-16). La evidencia epigráfica también apunta a que solo asumió el título tras regresar a Levante victorioso<sup>31</sup>.

Se ha considerado que βασιλεὺς μέγας, “Gran Rey”, era una traducción directa de la titulación real aqueménida a la que Antíoco habría recurrido una vez reestablecidos los antiguos límites del Imperio persa<sup>32</sup>. Al mismo tiempo, el uso frecuente de otro título, “rey de Asia”, podría ser también una referencia al pasado aqueménida. Esto encaja, por otro lado, con el alegado “renacimiento persa” en pleno desarrollo en el territorio seléucida, evidenciado por algunas acciones emprendidas por el monarca en cuestión<sup>33</sup>. Significativa para nosotros es la idea de que Antíoco se habría posicionado como un “hacedor de reyes” durante su anábasis, cuando concedió el título de βασιλεὺς a varios de sus gobernadores locales sublevados. Esto lo posicionaría dentro de la tradición aqueménida en tanto “Rey de Reyes” e

implicaría una referencia importante a una modalidad de universalismo persa. De este modo, parte de la historiografía se ha inclinado a aceptar la idea de que los seléucidas, para entonces, eran tan iraníes como macedónicos<sup>34</sup>.

Esta postura no deja de estar exenta de algunos problemas. STROOTMAN ha señalado que “Gran Rey” no es título exclusivamente aqueménida, sino más bien proximorienteal: como vimos ya, los imperios mesopotámicos lo usaron durante milenios, por lo que no hay forma de establecer una conexión directa específicamente con la tradición persa<sup>35</sup>. Lo que es más, Antíoco III fue el primer seléucida en utilizarlo, y aunque esto puede deberse a que este rey, a nivel personal, estableció una conexión más íntima con el pasado prealejandrino<sup>36</sup>, lo más probable es que el uso de este título se deba a las nuevas circunstancias: en efecto, la progresiva disgregación del imperio obligó a Antíoco a iniciar un proceso de “vasallización”, es decir, la creación de un núcleo imperial bien controlado unido laxamente a monarquías y principados autónomos vasallos<sup>37</sup>. De ahí que la adopción de μέγας podría pensarse como reflejo del nuevo orden y reconocimiento del pacto elaborado entre el Gran rey y sus reyes subordinados.

En cuanto al título Rey de Asia, se presentan los mismos inconvenientes discutidos ya respecto a Alejandro. Lo interesante es que este título pasaría con el tiempo a designar específicamente a los seléucidas. Aunque su uso explícito está atestado a partir de Antíoco III, evidencia externa al Imperio seléucida (como la adopción de tal título por parte de reyes ptolemaicos luego de vencer a los seléucidas) ha llevado a pensar que ya desde antaño la asociación entre uno y otro estaba clara, y que llevaba un evidente matiz de domino suprarregional<sup>38</sup>. Sumado a ello, en el contexto seléucida es posible que tanto rey de Asia como el epíteto “grande” tuviesen connotaciones similares y hasta intercambiables, de modo que adjudicar un origen aqueménida a uno u otro resulta arriesgado.

Un último punto se puede proponer en contra de la interpretación del “renacimiento persa”. Se ha mencionado ya que la expansión de Antíoco se habría concebido como una reconquista de territorios persas. Pero esto dependería de la aceptación de que su proclamación como Gran Rey efectivamente reflejara una ideología real persa. Puesto en duda esto último, la hipótesis se tambalea. En todo caso, es posible interpretar los objetivos territoriales de Antíoco dentro de la tradición seléucida misma. Hay evidencia que sugiere que los límites de su imperio estaban siendo trazados a partir de lo que se consideraba tierra originalmente seléucida, que remitía sobre todo a las conquistas del fundador de la dinastía, Seleuco I. Así, durante su anábasis, Antíoco elaboró un tratado con un rey del norte de la India consiguiendo una frontera más o menos estable en el extremo oriental de su imperio: esta acción remite directamente al pacto firmado entre Seleuco I y el rey Chandragupta Maurya a fines del siglo IV a.C., y es esta ficción ideológica de una frontera ancestral a conservar lo que podría explicar la fácil renuncia de Antíoco de continuar su avance<sup>39</sup>. La misma lógica prima cuando ante su avance sobre las ciudades de Asia Menor, los romanos acusan a Antíoco de realizar anexiones infundadas; este, entre los argumentos que esgrime para justificar sus actos, dijo, según Polibio (18.51.4), que esos habían sido territorios del diádoco Lisímaco en un inicio, pero que luego Seleuco I le hizo la guerra y lo derrotó, por lo que todo el reino de Lisímaco pasó a él

a punta de lanza (Σελεύκου δὲ πολεμήσαντος πρὸς αὐτὸν καὶ κρατήσαντος τῷ πολέμῳ πᾶσαν τὴν Λυσιμάχου βασιλείαν δορίκτητον γενέσθαι Σελεύκου). Nuevamente, la concepción del espacio territorial que tiene Antíoco hunde sus raíces no en el pasado aqueménida, sino en el de su propia dinastía.

Puede que el aspecto universalista del discurso imperial seléucida no se remita específicamente al caso aqueménida. Pero esto no debe conducirnos a la impresión de que era una ideología cerrada que no recibió influencias. Los reyes helenísticos, y muy especialmente los seléucidas, gobernaban imperios multiétnicos y se vieron consecuentemente impelidos a establecer un diálogo activo con las elites locales que ya cargaban con sus propias tradiciones e ideas sobre la monarquía<sup>40</sup>. De este modo, el poder universal de los reyes se asentaba necesariamente sobre bases multiformes, con elementos ideológicos provenientes de diversas fuentes<sup>41</sup>. Bajo esta premisa, si es que Antíoco III intentaba proyectar una imagen “aqueménida” de sí mismo, debemos entenderla como panirania, lo suficientemente global y convincente como para establecer una negociación con las elites persas<sup>42</sup>.

Las interacciones entre los seléucidas y las ciudades de Mesopotamia son más reveladores de este tipo de interacción entre lo imperial y lo local, pues los documentos proveen de buena información sobre cómo el rey asumió aspectos de la ideología real local. En Babilonia, Uruk, Borsippa y otras ciudades aledañas, los seléucidas encontraron una elite dispuesta a comprometerse con su gobierno, y las referencias a los siglos preaqueménidas constituyeron el elemento que aseguraría ese compromiso. Pero el uso de las tradiciones babilónicas no fue lineal ni imitativo: al contrario, hubo una transformación activa, y tal como en el caso persa, parece poco conveniente suponer una simple continuidad entre los modelos de realeza prehelenísticos y helenísticos. Se analizará a continuación una pequeña serie de ejemplos para revelar la compleja relación entre pasado y presente en la elaboración de una ideología real propia, y sobre todo para determinar el lugar del universalismo en ella.

Marduk ya se había posicionado como cabeza del panteón babilónico para el I milenio a.C. y su figura había quedado unida estrechamente a la del rey, sus atributos y deberes, este era referido frecuentemente como “imagen de Marduk”<sup>43</sup>. El festival de año nuevo babilónico (el *Akītu*) del que participaron con seguridad varios monarcas seléucidas más tardíos, como Seleuco III, era celebrado en honor a Marduk, y el rey debía mostrar su alianza y sumisión al dios. Las implicancias eran dobles: por un lado, el rey reforzaba su papel en el orden cósmico creado por Marduk y, por el otro, reforzaba su posición como depositario de un poder terrenal comparable al poder celestial universal de Marduk<sup>44</sup>. Es posible que los seléucidas, por su calidad de reyes extranjeros, cumplieren en el ritual un papel un tanto diferente al de los monarcas locales del pasado. De ser así, no estaríamos sino ante otro ejemplo de recepción activa y transformativa.

Este aspecto de adaptación consciente se ve con mayor claridad en otras instancias que también muestran la asociación entre el soberano y Marduk. Seleuco I y su hijo Antíoco I explotaron esta faceta de la tradición babilónica a través de la asociación de Marduk con Zeus, elaborada ya en época clásica, pues ambos dioses eran tenidos como los garantes de la soberanía regia. La devoción que Seleuco profesaba hacia Zeus es bien conocida, y se ve reflejada, entre otros ejemplos, en las

series de monedas acuñadas por él y en su epíteto Nikator, que tomó directamente del dios. Pero sería sobre todo Antíoco quien establecería una asociación directa entre su padre, Zeus y Marduk, atestiguada en la inscripción que elaboró en ocasión de la reconstrucción del templo del Ezida en la mesopotámica Borsippa<sup>45</sup>. A su vez, el mismo Antíoco fue asociado a Apolo, hijo de Zeus, y a Nabû, hijo de Marduk, creando una doble tríada. Nabû ocupaba un lugar similar al de su padre dentro del panteón babilónico y, como aquel, estaba ligado a la idea de realeza, como revelan sus títulos de “señor de los dioses”, “rey de los dioses del cielo y el inframundo” y “señor del universo”<sup>46</sup>.

Los seléucidas, al presentar un Zeus y un Apolo que moldeaban el mundo terrenal de los reyes, elaboraron un discurso que estaba en perfecta armonía con la ideología real de Babilonia, en la que el rol del rey era crear prosperidad bajo órdenes divinas<sup>47</sup>. Esta elaboración fue activa, lo que se observa sobre todo en el caso de la identificación de Nabû con Apolo, tal vez una innovación netamente seléucida que consiguió que este último dios quedara estrechamente asociado a la esfera de soberanía real, un atributo por lo demás casi ausente en otros contextos helenísticos<sup>48</sup>. Los cruces e influencias de ambos marcos culturales, el greco-macedónico y el babilónico, producen un modelo de realeza novedoso, en el que la idea de dominio universal adquiere especial importancia. Así, en el inicio del Cilindro de Borsippa, leemos cómo Antíoco se define a sí mismo: “Antíoco, gran rey, rey poderoso, rey del mundo, rey de Babilonia, rey de las tierras, protector del Esagila y del Ezida, principal heredero de Seleuco, el rey, el macedonio, rey de Babilonia, soy yo”<sup>49</sup>. Si bien aquí está muy claro el uso de títulos babilónicos tradicionales que remiten a la idea de un dominio sin límites sobre el mundo y otros que lo muestran cumpliendo el rol típico de protector de templos locales (el Esagila y el Ezida), es llamativo, y en todo sentido una innovación, su identificación expresa como rey extranjero, macedonio: Antíoco se presenta a la vez como un perteneciente y ajeno al mundo mesopotámico. De este modo, vemos la coexistencia de elementos culturales muy diferentes, que, sin embargo, son armonizados sin problema aparente.

En resumen, los seléucidas tomaron de Babilonia aspectos de la concepción sobre la realeza y los adaptaron a un modelo diferente, pero cuyas resonancias con el original fueron lo suficientemente acordes como para que llegase a sus súbditos locales. La tradición mesopotámica de monarquía universal estuvo notoriamente presente, pero, tal como en el caso aqueménida, fue modificada para representar el nuevo contexto de dominación seléucida. Es evidente que este uso de lo nativo entra en la lógica de gobernabilidad imperial, en tanto forma del rey y su corte de relacionarse con sus súbditos (y sobre todo las elites) locales.

Lo cierto es que esta necesidad no fue exclusivamente seléucida. El Imperio seléucida, así como los imperios de Alejandro Magno, los aqueménidas, los babilónicos y los asirios antes que él, y como los partos, romanos y sasánidas más tarde, fueron estados multiétnicos increíblemente extensos, en los que la capacidad de gobernar radicaba en asegurarse el apoyo de grupos locales, pero al mismo tiempo en la elaboración de un discurso unificador que lograra crear coherencia política y cultural al proveer a esos grupos con un sistema de valores compartidos, cuya cima visible e incuestionable era la figura del rey<sup>50</sup>. Desde esta perspectiva, la proclama-

ción del universalismo es un mecanismo visible en la larga duración. Su aplicación puntual en los casos estudiados, Alejandro y los seléucidas, no recaería tanto en la especificidad de los modelos adoptados (aqueménida y babilónico), sino más bien en el hecho de que estos hayan sido exitosos en tanto permanecían vigentes todavía y, por eso mismo, tenían una capacidad performativa al ser utilizados.

## 2. La imagen de Alejandro

Los casos anteriores demuestran que los modelos helenísticos implicaron en ciertos aspectos una ruptura respecto a los del Próximo Oriente. En efecto, hay rasgos específicos de los que la mirada diacrónica amplia no logra dar cuenta. ¿De dónde provienen? En parte, hubo innovaciones que las propias dinastías desarrollaron en el curso de sus siglos de gobierno, como hemos visto en el caso seléucida. Pero no es menos cierto que hubo por lo menos un modelo que podría haber servido de parámetro principal para los reyes helenísticos, y que contribuye a explicar muchos de los cambios y especificidades de estas monarquías. Se habla aquí de la figura de Alejandro.

Que Alejandro Magno haya sido el modelo principal de los diádocos y los sucesivos reyes helenísticos no ha sido precisamente una noción muy popular en la historiografía durante mucho tiempo. No solo quienes argumentan en favor de un origen oriental de muchos de los principios ideológicos reales han contribuido a esta opinión, con la figura del “último de los aqueménidas”<sup>51</sup>. Quienes se han expresado a favor de una ruptura total han apuntado en esta dirección. Así, ha sido exitosa la tesis de GRIEN de que, por un lado, la monarquía helenística estaba basada en principios contrarios a los de la de Alejandro, a saber: un gobierno personal basado en la victoria militar y una expansión sin límites; y por el otro, los objetivos de los reyes no habrían estado consignados ni limitados por el antecedente del gran conquistador<sup>52</sup>. De modo que la monarquía helenística debería ser estudiada como un fenómeno *sui generis* y ajeno a Alejandro.

Sin embargo, paralela a esta interpretación, otra línea de estudios ha afirmado que en no pocos aspectos Alejandro Magno se convirtió en un *Leitbild* para los diádocos, es decir, una figura guía en cuanto a objetivos y medios para alcanzarlos, y que sobre ella descansó en gran medida la legitimidad de las nuevas dinastías<sup>53</sup>. La explotación de su nombre habría comenzado apenas murió, dados los enormes beneficios que este podía aportar<sup>54</sup>.

Así, ante dos interpretaciones tan diferentes ¿cómo ponderar el verdadero peso del rey macedónico sobre la ideología real helenística? En primer lugar, realizando precisiones metodológicas. Si es que la hubo, la recepción de la imagen del conquistador no podría haberse realizado sin modificaciones y diálogos con antiguas y nuevas tradiciones<sup>55</sup>. Nos encontramos, entonces, no tanto ante el Alejandro histórico sino frente a las imágenes que se fabricaron de él luego de su muerte, basadas en ciertos rasgos de su personalidad que se exaltaron y un puñado de acontecimientos específicos que valía la pena recordar y celebrar. Estas consideraciones resultan claves para comprender realmente cómo la figura del rey macedó-

nico se convirtió en un modelo durante el periodo helenístico, uno de cuyos componentes más importantes fue la idea de dominación universal.

Un buen punto de partida para nuestro análisis es la caracterización de Plutarco acerca de los diádocos. A ellos se refiere como οἷς γὰρ οὐ πέλαγος, οὐκ ὄρος, οὐκ ἀοίκητος ἐρημία πέρας ἐστὶ πλεονεξίας, οὐδ' οἱ διαιοῦντες Εὐρώπην καὶ Ἀσίαν τέρμονες ὀρίζουσι τὰς ἐπιθυμίας, “aquellos para quienes ni el mar ni la montaña ni los desiertos inhabitados eran un límite para su rapacidad, ni las fronteras que separan Europa y Asia ponían límites a sus deseos” (Plut. *Pyrrh.* 12.2). El pasaje se puede comprender en primera instancia como un juicio moral contra aquella mencionada rapacidad, πλεονεξίας; sin embargo, no es menos cierto que el historiador se estaba haciendo eco de una característica con la que los mismos diádocos y sus descendientes presentaban su imagen, a saber, el ímpetu guerrero y la idea de conquista<sup>56</sup>.

Desde hace un tiempo se ha señalado que cuando los generales de Alejandro se proclamaron reyes, en la práctica, el fundamento de su autoridad recayó primeramente en sus logros personales, sobre todo en el plano militar. En un artículo ya clásico, GEHRKE mostró la enorme dependencia de los reyes helenísticos de la victoria en la guerra, y consiguientemente describió esta forma de legitimidad con la idea weberiana de “carisma”<sup>57</sup>. El carisma constituye la base del poder sobre todo en momentos críticos y situaciones excepcionales, y no hay duda de que el desmembramiento del imperio de Alejandro fue de tal orden. ¿Pero qué hay de los siglos posteriores donde esta excepcionalidad fue opacándose? GEHRKE considera que la conquista y la victoria no solo actuaron como factor de legitimidad en las fundaciones de los reinos, sino también en estados ya establecidos<sup>58</sup>. Como señalamos al principio de este trabajo, desde hace un tiempo se ha reconocido que el presunto “equilibrio” tras el establecimiento de las principales monarquías helenísticas no fue tal, y que la situación de competencia interdinástica fue una constante. Las ambiciones expansionistas no eran simples proclamaciones vanas, sino que tenían un significado primordial en el contexto de la propaganda real<sup>59</sup>.

Vemos en este punto una diferencia fundamental con los modelos de realeza de Oriente. En la monarquía helenística, el poder no se justificaba porque el rey fuera el garante de un orden universal encomendado por la divinidad y, de hecho, su función religiosa (entiéndase por tal el cuidado de los asuntos de los dioses) ocupaba un lugar más entre tantos otros deberes del rey<sup>60</sup>. La expansión territorial no responde, entonces, a un mandato divino, como en el caso asirio, ni en el hecho de ser representante de un dios en la tierra, como en el babilónico. La conquista no se justifica externamente, sino que es un fin en sí mismo en tanto es ella la que justifica el gobierno del rey. La aspiración a un dominio universal no es más que la ultimación de este imperativo, y de ahí que el universalismo adquiere en el periodo helenístico un carácter fundamentalmente militar. Y en este aspecto toma distancia, en particular, del modelo aqueménida, que conscientemente evita temas marciales en la representación del rey<sup>61</sup>.

Ahora bien, ¿cómo encaja Alejandro en este esquema? Un famoso pasaje de Diodoro Sículo puede darnos un buen punto de partida. Cuando Alejandro llegó a la Tróade, se cuenta, saltó de su nave y clavó su lanza en el suelo, lo que “significaba

que había recibido Asia de los dioses como tierra conquistada a punta de lanza”, *παρὰ τῶν θεῶν ἀπεφαίνετο τὴν Ἀσίαν δέχεσθαι δορικήτητον* (D.S. 17.17.2). Tal como está presentada aquí, la idea de que una tierra se domina en virtud de haberla conquistado, es decir, la noción de *δορικήτητος χώρα*, se presenta como fundamentación del poder del conquistador, lo que le daría el derecho a gobernar. La equivalencia entre este principio y los fundamentos del poder regio helenístico se han señalado con frecuencia, de modo que se ha tendido a ver en Alejandro un antecedente directo de la clara voluntad expansionista encarnada por sus diádocos<sup>62</sup>. En efecto, nos encontraríamos en ambos casos ante una concepción personal del poder<sup>63</sup>. HAMMOND ha propuesto que se trataría de una característica originaria del reino de Macedonia prehelenístico<sup>64</sup>, por lo que el modo en que los reyes helenísticos ejercían su poder debería ser remontado hasta tales orígenes.

Esto es una posibilidad sin dudas interesante. No obstante, aunque es probable que Alejandro justificara su dominio sobre los territorios otrora aqueménidas mediante el principio de *δορικήτητος χώρα*, comportándose propiamente como un autócrata, no se debe dejar de lado el hecho de que la legitimidad del rey frente a sus compatriotas provenía antes que nada del carácter hereditario del trono macedonio, una característica confirmada de sobra por las fuentes para la Macedonia prehelenística<sup>65</sup>. Por el contrario, según vimos, en el sistema interestatal helenístico la expansión militar actuaba como un imperativo propiamente dicho y era la base principal de la legitimidad política.

Ahora bien, no deberíamos desvincular del todo la idea de conquista de la figura de Alejandro. Si bien es arriesgado ver en su contenido una herencia directa del rey, no hay dudas de que la forma en que se expresaría esta ideología de expansión militar estuvo moldeada a partir de la figura de Alejandro. De hecho, es esta imagen la que nos permite comprender y precisar mejor por qué el deseo de conquista se manifestó como universalista. Esto podría parecer paradójico, porque precisamente este aspecto ha sido tomado con frecuencia como el punto de quiebre más importante entre Alejandro y los monarcas helenísticos.

Como ha señalado MEEUS, una de las razones por las que el modelo de Alejandro durante el periodo helenístico ha sido descuidado (y hasta negado) por la historiografía actual es que la mayoría de los diádocos y sus descendientes (con excepción de algunas figuras como Antígono o Seleuco) han sido tenidos como separatistas cuyo objetivo era asegurar un dominio de una parte del imperio del conquistador, aun cuando esto implicase mutilarlo<sup>66</sup>. Por lo tanto, toda referencia a la dinastía argéada, que por lo demás son numerosas, habría excluido el anhelo del imperio macedónico como un todo. Este mismo autor ha señalado que esta postura confunde los objetivos de los actores con los resultados efectivos alcanzados, lo cual supone un acercamiento teleológico y determinista<sup>67</sup>. En efecto, que estos reyes hayan realizado conexiones explícitas con Alejandro es de por sí sugerente de que buscaban posicionarse como sus herederos directos, y es a partir de nuestros juicios actuales al comprobar que la mayoría estuvo muy lejos de serlo que se llega a la necesidad de desvincular la propaganda de las intenciones y comportamientos efectivos. En cambio, “parece más seguro asumir que si alguien actuaba como si fuera el verdadero sucesor de Alejandro, eso es exactamente lo que quería que el mundo pensase,

y no hay razón por la que el verdadero sucesor de Alejandro debiera aspirar solo a una parte limitada de su imperio”<sup>68</sup>.

A continuación, se procurará tratar ciertos aspectos de la evidencia que parece apuntar en esta dirección. Se recurrirá a ejemplos proporcionados por la dinastía de los ptolomeos. La elección no es casual: por un lado, Ptolomeo I ha sido considerado como uno de los diádocos separatistas desde el principio de su carrera, con objetivos limitados al territorio estrictamente egipcio o bien saliéndose de él como ejercicio de un “imperialismo defensivo” que habría sido continuado por lo menos por los dos reyes siguientes<sup>69</sup>. Pero, por el otro, incluso entre quienes han defendido esta postura se ha debido reconocer que la dinastía ptolemaica se reveló como quizás la más asidua en el uso de la imagen de Alejandro Magno, incluso desde Ptolomeo I<sup>70</sup>, quien habría dedicado todos sus esfuerzos propagandísticos a presentarse como el único y verdadero heredero de Alejandro<sup>71</sup>.

Para comenzar, podemos dirigir nuestra atención a un hecho numismático. Los seléucidas, que heredaron muchas características de las acuñaciones de Alejandro, abandonaron pronto el uso de su efigie en tetradracmas y viraron hacia una iconografía mucho más variada e independiente, lo que se ha interpretado como un esfuerzo de Seleuco I para diferenciar su reinado del de Alejandro. Pero también para alejarse de los ptolomeos: en efecto, Ptolomeo I continuó utilizando los patrones heredados durante un tiempo, y cuando introdujo innovaciones, las referencias a la casa argéada, y específicamente a Alejandro, fueron numerosas<sup>72</sup>. Nos interesa aquí en particular la serie de estateros de oro en la que la imagen de Ptolomeo aparece en el anverso, mientras que el reverso representa a Alejandro sobre una cuadriga tirada por elefantes con la inscripción de ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ ΒΑΣΙΛΕΩΣ, “del rey Ptolomeo”. La combinación de estos dos últimos elementos es de por sí sugestiva de que la legitimidad del lágida se relaciona con Alejandro, pero el detalle de los elefantes no es menor. Se lo ha interpretado como una posible referencia a la campaña del gran conquistador en la India, y como un posible reclamo a la totalidad de su imperio, mutilado tiempo ha<sup>73</sup>.

Esta lectura de la imagen se complementa, además, con otro tipo de evidencia. La famosa *πομπή* o procesión celebrada por Ptolomeo II en Alejandría, descrita en sumo detalle por Calíxeno de Rodas y conservada por Ateneo de Náucratis, da varias claves de esta vinculación establecida entre la dinastía de Egipto y la India. En efecto, una de las partes centrales de la procesión es la del retorno de Dioniso desde la India, una faceta del mito de este dios que solo fue explotada profusamente luego de las campañas de Alejandro Magno en aquella región<sup>74</sup>. Esto no es casualidad, ya que Alejandro mismo se esforzó para presentarse como un imitador del dios en su viaje hacia Oriente, convirtiéndolo así en una de sus divinidades tutelares<sup>75</sup>. Su presencia en la *πομπή*, por tanto, no es casual. Y esto se ve claramente en el hecho de que hiciera su aparición casi al final del desfile una estatua de oro de Alejandro tirada por una cuadriga de elefantes y flanqueada por imágenes de Niké y Atenea (Ath. 5.34), el mismo motivo que hemos encontrado en las monedas de Ptolomeo I, y que en el marco de la procesión hace un paralelo explícito con la estatua de Dioniso arrastrada por un elefante y seguida por veinticuatro cuadrigas de elefantes (Ath. 5.32). Al mismo tiempo, la identificación entre Ptolomeo y Alejandro

se completa con las estatuas de oro de ambos coronadas con hojas de hiedra, símbolo dionisiaco por excelencia (Ath. 5.33).

De este modo, la πομπή sitúa a la dinastía ptolemaica en un ámbito extraterritorial a través de la conexión Alejandro-Dioniso. La gloria de estos héroes es compartida por los ptolomeos mismos, que se presentan como herederos de uno y de otro<sup>76</sup>. La procesión, compuesta además por una opulenta exhibición de animales, plantas e incluso personas provenientes de las lejanas tierras indias, habla de un reclamo imperialista sobre estos dominios por parte de los reyes que se manifiesta y moldea a través de la memoria mítica (Dioniso) e histórica (Alejandro) representadas en la presencia misma de tales seres<sup>77</sup>. Está claro que hay que dar por descontado una presencia ptolemaica militar en la India. Pero el que esta haya sido posicionada dentro de la narrativa de la dinastía nos habla del impacto de Alejandro sobre la formulación del poder real, en particular, del modo en que este se proyecta en el plano del dominio internacional<sup>78</sup>.

Esta introducción de la India dentro del mapa mental ptolemaico nos habla de una propaganda de expansión territorial, pero puede que el matiz militar propiamente dicho esté difuminado. Otros testimonios son explícitos en este punto, y también nos llevan a considerar que la figura de Alejandro se encontraba en el trasfondo ideológico de los ptolomeos, y que de hecho era ella la que definía la manifestación exacta de los anhelos universalistas.

Vale la pena considerar la famosa inscripción que narra la campaña en Asia de Ptolomeo III en el marco de la Tercera Guerra Siria entre ptolomeos y seléucidas (246-241 a.C.). Fue copiada por el cosmógrafo Cosmas Indicopleustes en el siglo VI en Adulis, en el Mar Rojo, y es sumamente ilustrativa a nuestros fines. La inscripción (OGIS 54, 1-24) se abre del siguiente modo:

βασιλεὺς μέγας Πτολεμαῖος, υἱὸς βασιλέως Πτολεμαίου καὶ βασιλίσσης Ἀρσινόης θεῶν Ἀδελφῶν, τῶν βασιλέω<ς> Πτολεμαίου καὶ βασιλίσσης Βερενίκης θεῶν Σωτήρων ἀπόγονος, τὰ μὲν ἀπὸ πατρὸς Ἡρακλέος τοῦ Διός, τὰ δὲ ἀπὸ μητρὸς Διονύσου τοῦ Διός, παραλαβὼν παρὰ τοῦ πατρὸς τὴν βασιλείαν Αἰγύπτου καὶ Λιβύης καὶ Συρίας καὶ Φοινίκης καὶ Κύπρου καὶ Λυκίας καὶ Καρίας καὶ τῶν Κυκλάδων νήσων ἐξεστράτευσεν εἰς τὴν Ἀσίαν...

El Gran rey Ptolomeo, hijo del rey Ptolomeo y la reina Arsínoe, los dioses hermanos, hijos del rey Ptolomeo y la reina Berenice, los dioses salvadores, que (desciende) por el lado paterno de Heracles y por el lado materno de Dioniso, hijo de Zeus, habiendo recibido de su padre el reino de Egipto, Libia, Siria, Fenicia, Chipre, Licia, Caria y las islas Cícladas, marchó hacia Asia...

El linaje es un componente significativo, ya que demuestra que el vínculo establecido entre la dinastía y Dioniso estaba consagrado a través de la genealogía. Se le añade, además, el héroe Heracles, otra figura que ya había sido recuperada por Alejandro y su padre Filippo como un modelo de realeza y conquista debido a sus múltiples andanzas por el mundo, y que guardaba una estrecha relación con la India, al igual que Dioniso<sup>79</sup>.

Por otro lado, esta introducción presenta el reino de Ptolomeo como un dominio amplio, y no se guarda de mencionar todos los territorios bajo su poder. Pero eso es solo lo que recibió como herencia, y las nuevas adquisiciones del rey son mencionadas unas líneas más abajo. Así, se cuenta que Ptolomeo mismo “adquirió el poder sobre todo lo que estaba de este lado del Éufrates, Cilicia, Panfilia, Jonia, el Helesponto y Tracia” (κυριεύσας δὲ τῆς τε ἐντὸς Εὐφράτου χώρας πάσης καὶ Κιλικίας καὶ Παμφυλίας καὶ Ἰωνίας καὶ τοῦ Ἑλλησπόντου καὶ Θράκης) y que “había reducido a los gobernantes de todas estas tierras” (καὶ τοὺς μονάρχους τοὺς ἐν τοῖς τόποις πάντας ὑπηκόους καταστήσας). Finalmente, se listan todas las nuevas conquistas de Ptolomeo en el marco de esta campaña a Asia, en la que subyugó “Mesopotamia, Babilonia, Susiana, Persis, Media y todo lo demás hasta Bactria” (τὴν Μεσοποταμίαν καὶ Βαβυλωνίαν καὶ Σουσιανὴν καὶ Περσίδα καὶ Μηδείαν καὶ τὴν λοιπὴν πᾶσαν ἕως Βακτριανῆς ὑφ’ ἑαυτῶι ποιησάμενος), tras lo cual “buscó todos los objetos sagrados que fueron arrebatados de Egipto por los persas” (ἀναζητήσας ὅσα ὑπὸ τῶν Περσῶν ἱερά ἐξ Αἰγύπτου ἐξήχθη).

Está claro que este profuso listado de los dominios ptolomaicos contribuye a la imagen del rey como alguien que aspiraba y había conseguido un dominio prácticamente universal. En la realidad Ptolomeo no parece haber avanzado más allá de Babilonia<sup>80</sup>, pero esto no le impidió presentarse como βασιλεὺς μέγας, Gran Rey, algo que se refuerza con la mención del sometimiento de otros gobernantes, lo que lo convertiría propiamente en un Rey de Reyes. Ahora bien, la forma de este dominio universal, creemos, se presenta en términos que siguen el modelo de Alejandro Magno. Como se ha dicho, la genealogía mítica presentada en la inscripción nos remite directamente a él. Pero hay algo más.

Se ha notado con justicia que el modo en que las anexiones de Ptolomeo III son presentadas lo hacen quedar como conquistador del Imperio seléucida en su totalidad<sup>81</sup>. De hecho, se puede interpretar el relato como un ejemplo clásico de propaganda antiseléucida<sup>82</sup>. Si el título βασιλεὺς μέγας, como se ha discutido, está en relación directa con el de “Rey de Asia”, y ambos eran apelaciones específicas seléucidas, su reclamo por parte de Ptolomeo implicaba un reclamo de hegemonía sobre todo el reino rival<sup>83</sup>.

Ahora bien, debemos considerar otro punto: los seléucidas fueron a menudo asimilados a sus predecesores aqueménidas en la propaganda ptolomaica<sup>84</sup>, y parece que ese es exactamente el caso aquí. La inscripción menciona que Ptolomeo devolvió los objetos sagrados robados de Egipto por los aqueménidas; al hacerlo, no solo se está recurriendo a un tropo literario significativo para una audiencia egipcia, bastante extendido en los testimonios prehelenísticos y ptolomaicos, sino que a la vez se construye un relato por el cual los seléucidas, como herederos del antiguo Imperio persa, participan también de sus crímenes<sup>85</sup>. Esta retórica antipersa que se torna en antiseléucida podía llegar tanto a un público egipcio como a uno griego, pero además saca a la luz una ecuación entre los ptolomeos y Alejandro muy evidente para ambos grupos. Aunque no es este el lugar para discutir el asunto en profundidad baste destacar que la literatura cortesana ptolomaica resaltó frecuentemente la faceta de Alejandro Magno como destructor del Imperio aqueménida, como Πέρσαισι βαρύς, hostil a los persas<sup>86</sup>. A la luz de estos hechos, conside-

ramos acertado considerar que las conquistas señaladas por la inscripción de Adulis están pensadas como un paralelismo de las conquistas de Alejandro.

Por consiguiente, la forma específica que adquiere la retórica universalista ptolemaica, sus límites y contenido, se moldean a partir del paradigma de Alejandro Magno. Por un lado, porque el mapa mental del “universo” al que aspirar estaba basado directamente en sus conquistas en tanto Alejandro se había concebido como el monarca universal por excelencia<sup>87</sup>. Y por el otro, porque la legitimidad de esta hegemonía mundial emanaba de la conquista misma, y así como Alejandro se proclamó señor de Asia a través de la lanza, Ptolomeo III podía reclamar ese mismo territorio como *δορικήτος χώρα*<sup>88</sup>.

### **Conclusiones**

Los ejemplos del ámbito ptolemaico tratados ilustran en qué modo Alejandro Magno se constituyó como un modelo de realeza universal. Antes que un paradigma que debiera ser seguido al pie de la letra, era una figura que podía ser moldeada, trabajada y reutilizada para adaptarla a las circunstancias específicas del contexto de recepción. En efecto, la situación en la que se encontraron los reyes helenísticos, un sistema de estados en competencia permanente, difería notablemente de la vivida por Alejandro poco antes de su muerte, donde podía en efecto proclamarse (aunque no sin resistencias) como rey del universo.

Estas diferencias permiten entender que en realidad Alejandro no legó un modelo de realeza entendido como una estructura política en sí, puesto que el ejercicio efectivo de la monarquía se había transformado notablemente. Al contrario, el modelo de Alejandro es una construcción, o, mejor dicho, una serie de construcciones helenísticas. La faceta universalista lo demuestra bien, porque, aunque estuvo presente en la formulación misma que Alejandro elaboró para su gobierno, en el periodo helenístico esta fue reformulada en un sentido muy diferente, pero sin dejar de referirse en su forma al arquetipo alejandrino.

Algo parecido ocurrió con los modelos proximorientales. Hemos visto que no fueron heredados sin más por los reyes helenísticos. Nuevamente aquí debemos hablar de reelaboraciones y de rupturas. La continuidad se manifiesta en todo caso en la larga duración, que nos permite considerar algunas características estructurales comunes a buena parte de imperios de la Antigüedad, y que ayudan a explicar la presencia en sistemas políticos diferentes de una ideología universal. Pero de nuevo, la continuidad debe ser matizada, puesto que las expresiones particulares de este universalismo diferían en cada caso, y los reyes helenísticos transformaron el legado de los imperios que los precedieron de forma radical. La persistencia de un título como el de Gran Rey, por ejemplo, nos habla de una recepción activa y atenta de tradiciones puntuales que seguían siendo útiles en el momento de recuperación, pero nos dice menos sobre qué implicaba realmente ser un Gran Rey en cada momento histórico en el que fue adoptado.

En conclusión, la idea de un dominio universal fue un punto central de la ideología real helenística, moldeado a partir de tradiciones muy dispares. Sin embargo, su importancia parece haber sido central en la legitimación de la monarquía y en

su funcionamiento efectivo. Que tal reclamo haya sido más o menos factible según el caso poco importa, porque este anhelo del todo, ἡ τῶν ὅλων ἐλπίς, subyacía a esos reclamos como una referencia casi obligada por parte de los monarcas. El hecho de que haya visto tantas variantes y ajustes es tan solo una muestra de que los reyes puntuales se interesaron profundamente en adaptar este principio y llenarlo de sentidos propios.

Este trabajo solo analizó algunos de estos significados, distinguiendo dos posibles modelos a partir de los cuales fueron elaborados. La problemática no se agota aquí ya que, si bien hemos presentado a los seléucidas en relación con los paradigmas orientales de monarquía, y a los ptolomeos respecto al modelo de Alejandro, no hay dudas de que las concepciones de ambas dinastías fueron más complejas y se valieron de diferentes arquetipos. Nuestra intención fue explorar algunas manifestaciones puntuales, analizando contenidos específicos de las mismas que podían ser puestos en relación con modelos de realeza del pasado, sean estos proximorientales o la imagen de Alejandro Magno. Porque, si no resulta difícil comprobar que cualquiera podía proclamarse “rey del universo”, es más difícil entender qué significaba realmente tal proclama. Y todavía queda mucho trabajo en esta dirección.

## **Bibliografía**

- ANAGNOSTOU-LAOUTIDES, E. (2016). *In the Garden of the Gods: Models of Kingship from the Sumerians to the Seleucids*. Londres.
- AUSTIN, M. M. (1986). Hellenistic kings, war, and the economy. *The Classical Quarterly*, 36(2), 450-466.
- AUSTIN, M. M. (2006). *The Hellenistic world from Alexander to the Roman conquest: A selection of ancient sources in translation*. Cambridge.
- BANG, P. F. (2012). Between Aśoka and Antiochos: an essay in world history on universal kingship and cosmopolitan culture in the Hellenistic ecumene. En P. F. BANG & D. KOŁODZIEJCZYK (eds.), *Universal Empire: A Comparative Approach to Imperial Culture and Representation in Eurasian History* (pp. 60-75). Cambridge.
- BRIANT, P. (2002). *From Cyrus to Alexander: A history of the Persian Empire*. Winona Lake.
- BROSIUS, M. (2003). Chapter Seven: Alexander and the Persians. En J. Roisman (ed.), *Brill's Companion to Alexander the Great* (pp. 169-193). Leiden-Boston.
- CANEPA, M. (2017). Rival images of Iranian kingship and Persian identity in post-Achaemenid Western Asia. En R. Strootman & M. J. Versluys (eds.), *Persianism in antiquity* (pp. 201-222). Stuttgart.
- COLLINS, A. W. (2008). *The transformation of Alexander's court: the kingship, royal insignia and eastern court personnel of Alexander the Great*. Dunedin.
- D'AGOSTINI, M. (2019). *The Rise of Philip V. Kingship and Rule in the Hellenistic World*. Alessandria.
- ERICKSON, K. (2011). Apollo-Nabû: the Babylonian Policy of Antiochus I. En K. ERICKSON & G. RAMSEY (eds.), *Seleucid Dissolution: The Sinking of the Anchor* (pp. 51-66). Wiesbaden.

- FREDRIKSMEYER, E. (1999). Alexander and the kingdom of Asia. En A. B. BOSWORTH & E. J. BAYNHAM (eds.), *Alexander the Great in fact and fiction* (pp. 136-166). Oxford-Nueva York.
- GALTER, H. (2014). Sargon II. und die Eroberung der Welt. En H. NEUMANN, R. DITTMANN, S. PAULUS, G. NEUMANN & A. SCHUSTER-BRANDIS (eds.), *Krieg und Frieden im Alten Vorderasien* (pp.329-343). Münster.
- GEHRKE, H. J. (2013). The Victorious King: Reflections on the Hellenistic Monarchy. En N. LURAGHI (ed.), *The Splendors and Miseries of Ruling Alone. Encounters with Monarchy from Archaic Greece to the Hellenistic Mediterranean* (pp. 73-98). Stuttgart.
- GRUEN, E. S. (2018). The Coronation of the Diadochi. *Karanos. Bulletin of Ancient Macedonian Studies*, 1, 109-119.
- HAMMOND, N. G. L. (1993). The Macedonian imprint on the Hellenistic world. En P. GREEN (ed.), *Hellenistic History and Culture* (pp. 12-37). Los Ángeles-Londres.
- HERZ, P. (1996). Hellenistische Könige. Zwischen griechischen Vorstellungen vom Königtum und Vorstellungen ihrer einheimischen Untertanen. En SMALL, A. (ed.), *Subject and ruler: the cult of the ruling power in Classical Antiquity* (pp. 27-40). Michigan.
- HOLTON, J. (2018). The Reception of Alexander in the Ptolemaic Dynasty. En K. R. MOORE (ed.), *Brill's Companion to the Reception of Alexander the Great* (pp. 96-118). Leiden-Boston.
- JONES, P. (2005). Divine and non-divine kingship. En D. C. SNELL (ed.), *A Companion to the Ancient Near East* (pp. 330-342). Oxford.
- KING, C. J. (2010). Macedonian kingship and other political institutions. En J. ROISMAN & I. WORTHINGTON (eds.), *A companion to ancient Macedonia* (pp. 371-391). Oxford.
- KOSMIN, P. (2014a). Seeing Double in Seleucid Babylonia: Rereading the Borsippa Cylinder of Antiochus I. En A. MORENO & R. THOMAS (eds.), *Patterns of the Past: Epitēdeumata in the Greek Tradition* (pp. 173-98). Oxford.
- KOSMIN, P. (2014b). *The land of the elephant kings: space, territory, and ideology in the Seleucid Empire*. Cambridge.
- LIVERANI, M. (2017). *Assiria. La preistoria dell'imperialismo*. Roma.
- MA, J. T. C. (1999). *Antiochos III and the cities of Western Asia Minor*. Oxford-Nueva York.
- MEEUS, A. (2009). Alexander's Image in the Age of the Successors. En W. Heckel & L. A. Tritle, (eds.), *Alexander the Great: A New History* (pp. 235-250). Oxford.
- MEEUS, A. (2013). Confusing aim and result? Hindsight and the disintegration of Alexander the Great's empire. En A. POWELL (ed.), *Hindsight in Greek and Roman History* (pp. 113-47). Llandysul.
- MEEUS, A. (2014). The territorial ambitions of Ptolemy I. *Studia Hellenistica*, 53, 263-306.
- MCGING, B. (2013). Youthfulness in Polybius: The Case of Philip V of Macedon. En B. GIBSON & T. HARRISON (eds.), *Polybius and his world: Essays in memory of F. W. Walbank* (pp. 181-200). Oxford.
- MICHALOWSKI, P. (2010). Masters of the Four Corners of the Heavens: Views of the Universe in Early Mesopotamian Writings. En K. A. RAAFLAUB & R. J. A. TALBERT (eds.), *Geography and Ethnography: Perceptions of the World in Pre-Modern Societies* (pp. 147-168). Oxford.

- MORENO LEONI, Á. (2017) *Entre Roma y el Mundo Griego. Memoria, autorrepresentación y didáctica del poder en las Historias de Polibio*. Córdoba.
- RICE, E. E. (1983). *The Grand Procession of Ptolemy Philadelphus*. Nueva York.
- SHERWIN-WHITE, S. M. & KUHRT, A. (1993). *From Samarkhand to Sardis: A new approach to the Seleucid empire*. Los Angeles.
- STEWART, A. (1993). *Faces of power: Alexander's image and Hellenistic politics*. Los Ángeles.
- STONEMAN, R. (2019). *The Greek Experience of India*. Princeton.
- STROOTMAN, R. (2013). .The Seleukid Empire between Orientalism and Hellenocentrism: Writing the History of Iran in the Third and Second Centuries BCE. *Iranian Studies*, 11 (1-2), 17-35.
- STROOTMAN, R. (2014a). Hellenistic imperialism and the idea of world unity. En C. RAPP & H. A. DRAKE (eds.), *The city in the classical and post-classical world: changing contexts of power and identity* (pp. 38-61). Cambridge.
- STROOTMAN, R. (2014b). 'Men to whose rapacity neither sea nor mountain sets a limit.' The aims of the Diadochs. *Studia Hellenistica*, 53, 307–322.
- STROOTMAN, R. (2020a). Hellenism and Persianism in Iran: Culture and Empire after Alexander the Great. *Dabir*, 7, 201-227.
- STROOTMAN, R. (2020b). The Great Kings of Asia: Imperial titlature in the Seleukid and post-Seleukid Middle East. En R. OETJEN (ed.), *New Perspectives in Seleucid history, archaeology and numismatics* (pp. 123-157). Berlin-Boston.
- TUPLIN, C. (2008), The Seleucids and their Achaemenid predecessors: a Persian inheritance? En S. M. R. DARBANDI, & A. ZOURNATZI (eds.), *Ancient Greece and Ancient Iran: Cross-Cultural Encounters* (pp. 109-136).
- VISSCHER, M. S. (2020). *Beyond Alexandria: Literature and Empire in the Seleucid World*. Nueva York.
- WALBANK, F. W. (2002). *Polybius, Rome and the Hellenistic world: essays and reflections*. Cambridge.
- WIESEHÖFER, J. (2001). *Ancient Persia from 550 BC to 650 AD*. Londres-Nueva York.
- WILL, E. (1979). *Histoire politique du monde hellénistique (323-30 av. J.-C.)*. Nancy.

### Notas

<sup>1</sup> Este trabajo se realizó en el marco de la beca EVC-CIN, en el proyecto “Libertad, imperio y civilización en la historiografía clásica sobre el mundo antiguo, siglos XIX y XX” radicado en SECYT-UNC.

<sup>2</sup> MORENO LEONI (2017, pp. 151-152); MCGING (2013, pp. 192-193).

<sup>3</sup> D'AGOSTINI (2019, p. 128).

<sup>4</sup> WALBANK (2002, p.130).

<sup>5</sup> MEEUS (2014, p. 269).

- <sup>6</sup>GRUEN (2018, p. 115).
- <sup>7</sup>STROOTMAN (2014a, pp. 308-309).
- <sup>8</sup>AUSTIN (1986, p. 456).
- <sup>9</sup>STROOTMAN (2014b, p. 38).
- <sup>10</sup>BANG (2012, p. 65).
- <sup>11</sup>MICHALOWSKI (2010, pp. 152-153).
- <sup>12</sup>MICHALOWSKI (2010, p. 153).
- <sup>13</sup>STROOTMAN (2014a, p. 41).
- <sup>14</sup>LIVERANI (2017, p. 5).
- <sup>15</sup>GALTER (2014, pp. 329-330); LIVERANI (2017, pp. 6-7).
- <sup>16</sup>LIVERANI (2017, pp. 50-55).
- <sup>17</sup>JONES (2005, p. 337).
- <sup>18</sup>COLLINS (2008, pp. 87-89).
- <sup>19</sup>WIESEHÖFER (2001, pp. 29-30).
- <sup>20</sup>COLLINS (2008, pp. 96-97).
- <sup>21</sup>BROSIUS (2003, p. 173).
- <sup>22</sup>FREDRICKSMEYER (1999, pp. 151-160).
- <sup>23</sup>FREDRICKSMEYER (1999, pp. 165-166).
- <sup>24</sup>BROSIUS (2003, p. 185).
- <sup>25</sup>STROOTMAN (2014a, p. 9).
- <sup>26</sup>STROOTMAN (2014a, p. 45).
- <sup>27</sup>COLLINS (2008, p. 139).
- <sup>28</sup>BRIANT (2002, pp. 873-976); SHERWIN-WHITE Y KUHRT (1993, pp. 42-43).
- <sup>29</sup>TUPLIN (2008, p. 110).
- <sup>30</sup>STROOTMAN (2013, p. 18).
- <sup>31</sup>MA (1999, p. 73).
- <sup>32</sup>TUPLIN (2008, p. 123).
- <sup>33</sup>STROOTMAN (2020a, p. 209).
- <sup>34</sup>CANEPA (2017, p. 212).
- <sup>35</sup>STROOTMAN (2020b, p. 127).
- <sup>36</sup>TUPLIN (2008, p. 123).
- <sup>37</sup>STROOTMAN (2020b, p. 140).
- <sup>38</sup>STROOTMAN (2020b, p. 137).
- <sup>39</sup>KOSMIN (2014b, p. 36).
- <sup>40</sup>KOSMIN (2014a, p. 175).
- <sup>41</sup>BANG (2012, p. 69).

- <sup>42</sup> CANEPA (2017, p. 211).
- <sup>43</sup> ANAGNOSTOU-LAOUITIDES (2016, p. 150).
- <sup>44</sup> ERICKSON (2011, p. 62).
- <sup>45</sup> KOSMIN (2014a, p. 184).
- <sup>46</sup> ERICKSON (2011, p. 57).
- <sup>47</sup> ANAGNOSTOU-LAOUITIDES (2016, p. 157).
- <sup>48</sup> ERICKSON (2011, p. 59).
- <sup>49</sup> KOSMIN (2014a, pp. 181-182).
- <sup>50</sup> STROOTMAN (2020b, p. 156).
- <sup>51</sup> BRIANT (2002, p. 876).
- <sup>52</sup> GRUEN (2018, p. 118).
- <sup>53</sup> HERZ (1996, p. 28).
- <sup>54</sup> MEEUS (2009, p. 235).
- <sup>55</sup> HOLTON (2018, p. 97).
- <sup>56</sup> STROOTMAN (2014b, p. 308).
- <sup>57</sup> GEHRKE (2013, p. 76).
- <sup>58</sup> GEHRKE (2013, p. 77).
- <sup>59</sup> STROOTMAN (2014a, p. 44).
- <sup>60</sup> HERZ (1996, p. 38).
- <sup>61</sup> TUPLIN (2008, p. 118).
- <sup>62</sup> GEHRKE (2013, p. 87).
- <sup>63</sup> AUSTIN (1986, p. 456).
- <sup>64</sup> HAMMOND (1993, pp. 19-20).
- <sup>65</sup> KING (2010, pp. 374-375).
- <sup>66</sup> MEEUS (2009, p. 236).
- <sup>67</sup> MEEUS (2013, p. 114).
- <sup>68</sup> MEEUS (2013, p. 121). La traducción es nuestra.
- <sup>69</sup> WILL (1979, p. 160).
- <sup>70</sup> MEEUS (2009, p. 245).
- <sup>71</sup> STEWART (1993, p. 230).
- <sup>72</sup> MEEUS (2014, p. 301).
- <sup>73</sup> MEEUS (2014, p. 301).
- <sup>74</sup> RICE (1983, p. 67).
- <sup>75</sup> STONEMAN (2019, p. 91).
- <sup>76</sup> RICE (1983, p. 85).
- <sup>77</sup> STONEMAN (2019: p.120).

<sup>78</sup> HOLTON (2018: pp.112-113).

<sup>79</sup> STONEMAN (2019: p.83).

<sup>80</sup> AUSTIN (2006: p.467).

<sup>81</sup> HOLTON (2018, p. 110).

<sup>82</sup> VISSCHER (2020, p.138).

<sup>83</sup> STROOTMAN (2020b, p. 136).

<sup>84</sup> TUPLIN (2008, p. 113).

<sup>85</sup> VISSCHER (2020, p. 142).

<sup>86</sup> HOLTON (2018, p. 106).

<sup>87</sup> HOLTON (2018, p. 109).

<sup>88</sup> STROOTMAN (2014, p. 48).